

Emilia Pardo Bazán en el ocaso del siglo XIX

GUADALUPE GÓMEZ-FERRER MORANT
Departamento de Historia Contemporánea (UCM)

Recientemente he tenido oportunidad de analizar el pensamiento de Emilia Pardo Bazán en el marco de las reflexiones que en el ocaso del siglo XIX se multiplican en torno a los problemas que España tiene planteados. Concretamente me he referido a su preocupación por la condición jurídica de la mujer en los últimos lustros del siglo XIX, entendiendo la expresión «condición jurídica» en el sentido que le da Adolfo Posada¹. En esta ocasión, al participar en un número de la revista del Departamento de Historia Contemporánea de la UCM, dedicado al período intersecular, he dudado entre dos temas que no han sido considerados —que yo sepa—, en el conjunto de conferencias, ponencias y demás actos conmemorativos que con motivo del centenario del 98 han venido realizándose a lo largo y a lo ancho de nuestra geografía.

Pensé en un primer momento referirme a la actitud de algunas mujeres que, por aquellos años, son protagonistas de un conjunto de cambios y de un proceso de apertura que permite encarar el siglo XX con una mayor dosis de esperanza —sobre todo, desde la perspectiva femenina—, en el seno de una España que estaba transformándose. El objetivo era averiguar la medida en que la guerra y la derrota afectaron sus vidas, y definir su actitud en el contexto de una sociedad atravesada por una serie de cambios económicos, de tensiones políticas, de reflexiones de los intelectuales, de conflictos sociales...; averiguar también si dentro de las tensiones sociales —entendidas generalmente en sentido vertical, es decir entre los diferentes grupos sociales—, conviene considerar también otras que tienen su raíz en el género, es decir, en la diferencia que comporta ser hombre o mujer. En suma, llamar la atención acerca de la medida en que un grupo de mujeres —que no ha merecido el interés de los historiadores— impulsó decisivamente una serie de cambios socioculturales que se tradujeron en nuevas oportunidades para el sexo femenino y en nuevas formas de vida para la

¹ A. Posada, *Feminismo*, edición de O. Blanco, Madrid, 1994, espec. pp. 205 y ss.

sociedad entera². La otra posibilidad era dedicar estas breves consideraciones a la figura de Emilia Pardo Bazán. He preferido optar por esta última solución, con el objeto de señalar algunos aspectos de su pensamiento que bien pueden calificarla como intelectual de fin de siglo.

No emplearé el término generación del 98³; actualmente resulta más adecuado utilizar el término intersecular; esta expresión resulta más omni-compreensiva y ajustada, si se pretende dar cuenta de la labor de un conjunto de personas que, entre el último lustro de los años ochenta y las primeras décadas del siglo XX reflexionan sobre las cuestiones, dificultades o problemas que entorpecen el normal proceso de modernización de España, sin perder de vista lo que ocurre al otro lado de nuestras fronteras. Integra a personas tan diversas como Unamuno, Benavente, Rubén Darío...; en aquel momento no se percibía una frontera clara entre dos movimientos que los críticos señalarán posteriormente: la generación del noventa y ocho y el modernismo⁴. No es ocasión de referirme a ello por razones obvias. Sí tal vez de recordar que hay otros escritores, en cambio, procedentes de una generación⁵ anterior —la llamada generación liberal—, son conscientes de la situación que atraviesa el país, y se valen de la pluma o de la palabra —tal vez el nombre más significativo sea el de Valera—, para denunciar los problemas y proponer soluciones: es el caso de Emilia Pardo Bazán que, a mi juicio, puede empalmar, en algunos aspectos de su pensamiento, con los jóvenes adolescentes que viven el fin de siglo, y luego serán llamados «generación del 14». En fin, conviene una vez más recordar la compleja variedad que caracteriza a escritores y poetas de fin de siglo.

Es difícil y ante todo no es ocasión de establecer fronteras generacionales entre los hombres y las mujeres que viven de manera consciente —dolorosa o esperanzada—, la transición secular del XIX al XX. Recientemente C. Serrano ha sintetizado una serie de rasgos que caracterizan a este conjunto humano: «para unos y para otros existía un sentimiento difuso de malestar y de protesta, iniciado bastante antes de la derrota militar propiamente dicha, pero que se

² Me refiero a una serie de mujeres que se mueven en el entorno de la Institución Libre de Enseñanza.

³ El término acuñado por Azorín en unos artículos publicados en *ABC*, en febrero de 1913, será retomado posteriormente por Ortega y difundido por Laín y Marías en los años cuarenta (*La generación del 98*, Madrid, 1947, y *El método histórico en las generaciones*, Madrid, 1949, respectivamente). Para más detalles *vid.* P. Cerezo, «El pensamiento filosófico. De la generación trágica a la generación clásica. La generación de 1898 y 1914», en *La Edad de Plata de la cultura española (1898-1936)*, de la *Historia de España Menéndez Pidal*, dirigida por J. M.^a Jover Zamora, Madrid, 1993, vol. XXXIX (1), espec. pp. 137-138.

⁴ J. C. Mainer, *La Edad de Plata (1902-1931)*, Madrid, 1998. G. Díaz-Plaja, *Modernismo frente a 98*, Madrid, 1979. R. Ferreres, «Los límites del modernismo y la generación del 98», en *El Modernismo*, Madrid, 1986.

⁵ Empleamos el término generación, a pesar de que en la actualidad es objeto de revisión porque nos ayuda a clarificar el conjunto de personas a las que nos referimos.

prolongó durante el decenio largo posterior, y en el que se afirman propuestas múltiples y a veces incluso contradictorias para un cambio que se juzgaba obligatorio en la sociedad española». Todos coincidían en que junto a los cambios políticos o sociales era necesaria una renovación intelectual y cultural. Coincidían en «que era necesario un profundo movimiento de introspección para entender la razones del conflictivo momento por el que estaba pasando España»⁶.

En el marco de esta indefinición generacional, pero en el contexto de algunas actitudes comunes, quisiera referirme a la actitud de Emilia Pardo Bazán, mujer que siente con acendrado patriotismo la pérdida de las últimas colonias y la reducción de España a una pequeña potencia, y que reacciona ante la derrota del 98 como otros intelectuales mucho más conocidos desde esta perspectiva. Mi propósito es mostrar que la actitud de Pardo Bazán no se reduce a la predicción de los males o al lamento pasivo, sino que consciente de que España tiene planteados una serie de problemas, ya desde antes del 98, analiza causas, denuncia situaciones, y ofrece propuestas de renovación.

* * *

La obra de Pardo Bazán ha sido valorada y estudiada tradicionalmente desde una perspectiva literaria, lo cual no resulta nada extraño, dado que es una de las mejores plumas de la época de la Restauración⁷. Se trata de una novelista excepcional, lo que ha impedido que sea olvidada como lo fueron otras mujeres que destacaron en aquellos años⁸. En los últimos lustros, también el mensaje feminista de doña Emilia ha sido objeto de algunas investigaciones⁹; últimamente contamos con un espléndido trabajo que analiza la obra de la escritora gallega desde una perspectiva multidisciplinar en la que se entrecruzan la medicina y la historia¹⁰. Ahora bien, el pensamiento de Pardo Bazán como intelectual de fin de siglo, resulta bastante desconocido, y constituye una laguna lamentable en el

⁶ C. Serrano, «Conciencia de crisis, conciencia en crisis», en J. Pan-Montojo, *Más se perdió en Cuba*, Madrid, 1998, p. 347.

⁷ La bibliografía en torno a la obra de Pardo Bazán es muy numerosa, recordaremos solamente la de N. Clemessy, *Emilia Pardo Bazán romancière*, París, 1973, 2 vols. Hay traducción castellana de 1982. También la W. Pattison, *Emilia Pardo Bazán*, Nueva York, 1972.

⁸ Conviene recordar que la profesión de escritora fue desde el Romanticismo una profesión respetable que podía ejercer una mujer. Vid. S. Kirkpatrick, *Las Románticas*, Madrid, 1991, pp. 16 y ss.

⁹ Vid., entre otros, T. Cook, *El feminismo en la novela de Emilia Pardo Bazán*, La Coruña, 1976; G. Gómez-Ferrer Morant, «Mentalidades y patrones de conducta femenina en la España de la Restauración», en *Homenaje a los profesores José M.ª Jover Zamora y Vicente Palacio Atard*, Madrid, 1990, pp.723-729. *Idem.* «El discurso feminista de Pardo Bazán», en *Las mujeres y el 98. 1898-1998, Un siglo avanzando hacia la ciudadanía*, Madrid (en prensa).

¹⁰ A. Domenech, *Enfermedad y profesión médica en la obra de Emilia Pardo Bazán*, Valencia, 1997 (microfilm).

conjunto de reflexiones que, en torno a este tema, están apareciendo con motivo del recuerdo del 98¹¹.

No he visto jamás incluir el nombre de esta escritora en la nómina de egregios pensadores finiseculares; creo, sin embargo, que hay que reivindicar su nombre para incluirlo en esta lista. Escribía Ortega en su *Ensayo sobre la generación del 98* que este conjunto de intelectuales apenas se parecían en «nada positivo», y añadía que lo único que compartían era una común actitud crítica: «Eran no-conformistas. Convergían heterogéneos en la incapacitación de la España constituida: historia, arte, ética, política. Se trata —continúa Ortega— de una nueva sensibilidad emergente: por lo pronto se trata sólo de eso»¹². Si se trata sólo de «una nueva sensibilidad emergente» o de la «inaceptación de la España constituida», nadie puede afirmar con rigor que doña Emilia no participara de ambos rasgos. Pardo Bazán fue la que percibió en París el viraje de sensibilidad que se estaba produciendo en Europa y lo difundió en España a través de sus conferencias en el Ateneo en 1887; y ella fue la que de nuevo unos años después se expresa en lenguaje simbolista en sus *Cuentos de la patria*, escritos en 1898¹³. Ya en 1897 con *El saludo de las brujas* y, en 1905 con *La Quimera*, la escritora manifiesta claramente los rasgos de una sensibilidad neorromántica que tiene poco que ver con el naturalismo francés de cuño zolesco sobre el que ella misma teorizara en *La cuestión palpitante* (1883). Clemessy afirma que con *La Quimera* comienza la tercera fase de su creación novelesca, en la cual «l'influence moderniste s'y affirme et, avec elle, l'inclination au symbolisme»¹⁴. Con esta obra de comienzos de siglo, insistimos, Pardo Bazán ha dado un giro a su quehacer literario —ya anunciado anteriormente—, que se caracteriza por el rechazo de la razón y de la ciencia como principal vía para el conocimiento, por la apelación al mundo espiritual y religioso y por un recurso a los elementos propios del simbolismo. Aunque la escritora no renunciará por entero a la estética realista, sí abandona ahora definitivamente las descripciones enmarcadas en ambientes vulgares y prefiere ambientar sus novelas en «les descriptions des cadres élégants de la haute société madrilène ou parisienne»¹⁵. Por lo demás, y esta es la cuestión que vamos a tratar en la presente ocasión, la escritora gallega muestra apasionadamente en los años noventa —en consonancia con su temperamento— su disconformidad con la España constituida.

Dentro de la literatura de la decadencia, de la crisis y del Desastre que conviven en la etapa intersecular¹⁶, dentro, en fin, de la multiforme escuela rege-

¹¹ Jover se ha referido a su percepción de la crisis finisecular en los años ochenta, *vid.* J. M.ª Jover Zamora, «Aspectos de la civilización española en la crisis de fin de siglo», en J. P. Fusi y A. Niño, *Vísperas del 98*, Madrid, 1997, espec. pp. 25 y ss.

¹² J. Ortega y Gasset, *Ensayos sobre la generación del 98*, Madrid, p. 149.

¹³ Estos cuentos aparecen incluidos en E. Pardo Bazán, *Obras completas (novelas y cuentos)*, Madrid, 1947, vol. I, pp. 1763-1786. Las citas que aparezcan a lo largo de este artículo harán referencia a este volumen.

¹⁴ N. Clemessy, *Emilia Pardo Bazán. Romancière*, París, 1973, 2 vols. p. 321.

¹⁵ N. Clemessy, *op. cit.* p. 322.

¹⁶ *Vid.* V. Cacho, *Repensar el noventa y ocho*, Madrid, 1997, p. 75.

neracionista, ha señalado Cacho que sólo dos corrientes, que él denomina «morales colectivas», constituyen «propuestas modernizadoras, transformadoras del país». Para este autor, una de esas corrientes tiene su centro en Madrid, y aboga por la modernización a través de la ciencia; la otra nucleada en Cataluña posee un claro carácter nacionalista y remite a la identidad nacional¹⁷. Pienso que a doña Emilia cabría situarla con todo derecho, aunque Cacho no lo hiciera, en el núcleo madrileño.

Razonaremos nuestra afirmación. En Europa, la idea de decadencia se encontraba estrechamente unida a la de fin de siglo, e «infundía una sensación de malestar psíquico y de incertidumbre ideológica, una mezcla de desigual de esperanza y de temor»¹⁸. En España también se vive este clima de pesimismo y de esperanza que reparte sus componentes entre dos períodos de la transición intersecular; el auge del pesimismo corresponde a la Regencia, la esperanza queda al filo del siglo XX¹⁹.

¿Cuál es la posición de doña Emilia en estos años? Vamos a considerar en primer lugar, su postura en la crisis que precede al 98; en segundo lugar su actitud ante la guerra colonial; analizaremos después su forma de enfrentar el llamado Desastre, y finalmente, señalaremos cuál fue su respuesta a la derrota.

Entre la serie de factores que caracterizan el comienzo del primer tramo de la transición intersecular, hay que referirse a la aparición de una nueva sensibilidad, de un interés por las clases más desfavorecidas y por los aspectos más dolorosos de la vida, de una nueva vivencia religiosa²⁰, de una desconfianza en la razón como única vía de conocimiento y de progreso que expresa una profunda crisis de certezas. Podríamos continuar esta lista, pero no es ocasión de ello. Sí lo es de señalar, que Doña Emilia dará cumplida cabida en su obra a esta serie de manifestaciones, que en su conjunto constituyen una de las versiones de la crisis de fin de siglo.

En el contexto de esta crisis europea y española, doña Emilia se orienta hacia un espiritualismo que se fundamenta en una nueva sensibilidad. En unas conferencias pronunciadas en el Ateneo de Madrid en 1887, bajo el título de «La revolución y la novela en Rusia» la escritora se hace eco del nuevo horizonte cultural captado en París a través de la lectura de los novelistas rusos —Tolstoj y Dostowesky—, y colabora a difundir una nueva sensibilidad llamada a tener gran repercusión en el giro espiritualista de las letras españolas de los años noventa²¹. Conviene recordar que este giro que se manifiesta en el

¹⁷ V. Cacho, «Crisis del positivismo, derrota de 1898 y morales colectivas», en J. P. Fusi y A. Niño, *Vísperas del 98*, Madrid, 1997, pp. 21 y ss.

¹⁸ A. Mayer, *La persistencia del Antiguo Régimen*, Madrid, 1984, p. 255.

¹⁹ J. M.^a Jover Zamora, «Aspectos...», cit. *supra*.

²⁰ Vivencia que Hinterhäuser ha llamado en su obra *Fin de siglo. Figuras y mitos*. «el retorno a Cristo».

²¹ Será la misma Pardo Bazán la que en 1891 se refiera a que «el naturalismo francés es ya un ciclo cerrado». Vid. «La España Moderna», marzo de 1891, p. 68. Vid. también *Nuevo Teatro Crítico II*, enero 1892, p. 76.

campo artístico²² y en el ámbito literario —en el que se advierte demofilia, y repulsa de las clases dirigentes—, motivará actitudes de diconformidad o de rebeldía en el terreno ideológico y moral²³. La simpatía por los sectores más desfavorecidos de la sociedad, por los «humillados y ofendidos» que se manifiesta en la literatura²⁴, engrana bien con el cambio de sensibilidad que se opera en España en los tres últimos lustros del siglo XIX, de la que es buena muestra la publicación de la *Información oral y escrita...*, llevada a cabo por la Comisión de Reformas Sociales²⁵.

La simpatía de doña Emilia por el pueblo se manifiesta en *La Tribuna* (1882), cuya protagonista —Amparo—, es una mujer del pueblo que a pesar de su gran capacidad de entusiasmo y de su generosidad termina víctima de la utopía que había conducido su existencia: el amor a la Federal y el amor a un joven militar de las clases medias coruñesas, Baltasar Sobrado. La escritora encarna en esta mujer popular una riqueza humana que no encuentra en las clases medias de la ciudad gallega, mas a pesar de todo la conduce al fracaso. Es muy significativo que el personaje principal pertenezca a las clases populares y actúe conducido por la utopía. En esta obra la demofilia de Pardo Bazán se anticipa a la del propio Galdós (*Fortunata y Jacinta*, 1885), y la escritora gallega se convierte en pionera de esa apelación al pueblo propia de años posteriores. La novelista presenta también un proyecto político renovador que encarna en la protagonista, Amparo, convertida en portavoz del pueblo. No podemos entrar en el alcance de esta sugestiva obra; retengamos tan sólo que doña Emilia nos ofrece ahora un nuevo modelo político, efectúa una apelación al pueblo y permite el protagonismo femenino en la vida pública. Estamos en presencia de una serie de elementos de renovación que reaparecerán de manera fragmentaria en las obras y discursos posteriores.

En cuanto a la nueva vivencia religiosa, propia del período, es oportuno recordar que a fines del siglo XIX se advierte en Europa una orientación franciscana. En Francia, en Dinamarca... surgen entre los últimos años del siglo XIX y primeros del XX una serie de obras —llamadas a tener gran difusión— que hacen referencia a Francisco de Asís²⁶. Ahora bien, quince años antes, Pardo Bazán, pionera de esta orientación franciscana, había comenzado a redactar una

²² Es sabido que España mantiene, en este ámbito, a lo largo del siglo XIX un retraso respecto a Europa. En lo que concierne a la pintura, Lafuente Ferrari subraya el valor significativo de la Exposición de París de 1889, que sirve de revulsivo, y determina un cambio de orientación. A partir de este momento se impone una tendencia realista que recoge una serie de aspectos de la vida cotidiana de las clases trabajadora. *Vid. Breve historia de la pintura española*, Madrid, 1953. 4.ª ed., pp. 507 y ss.

²³ Recordemos el caso de Costa, de Unamuno o de Maeztu.

²⁴ Recuérdense por ejemplo, *Nazarín* y *Misericordia* de Pérez Galdós, o *La fe y La alegría del capitán Ribot* de Armando Palacio Valdés.

²⁵ La *Información...* daba a conocer las condiciones de vida de las capas inferiores de la sociedad con una riqueza de detalles inédita hasta entonces.

²⁶ Recuérdense a P. Sabatier, *Vie de Saint François d'Assise*, 1884), o al danés Joergensen (1907).

biografía del santo de Asís que será publicada en 1882²⁷. La escritora ofrece al final de la Introducción una clave que nos permite acercarnos a su interés por el personaje:

«La idea de San Francisco de Asís es inmortal. Por su carácter caballeresco, por sus inclinaciones de trovador, por su novelesca fantasía poblada de combates, empresas y torneos, San Francisco es el hombre de la Edad Media; por su fe profunda, su ilimitada esperanza, su ardiente caridad, San Francisco pertenece a cualquiera de los siglos cristianos. Viva imagen de Jesucristo...»²⁸.

En suma, lo que seduce a doña Emilia del santo de Asís es su veta romántica en sintonía con el neorromanticismo finisecular que aparece con la crisis positivista; y la valoración de la caridad como elemento fundamental del cristianismo.

Precisamente, su opción por la caridad entendida como solidaridad y amor resulta evidente en dos de sus obras: *Una Cristiana-La Prueba* (1889), en las que se pone de manifiesto su desconfianza en la razón como única vía de conocimiento. Ambas obras inician —dentro de la literatura española— la transición de un naturalismo positivista de filiación francesa a ese naturalismo espiritualista de filiación rusa, psicologista a que se refiriese Pattison²⁹. En dos personajes de estas novelas: Carmina Aldao —arquetipo femenino— y el padre Moreno —modelo de sacerdote tanto por sus ideas como por sus obras— ha querido doña Emilia señalar tanto la vía por la que deben orientarse los cristianos como la alternativa que se ofrece a la crisis de la razón, ya evidente en esos años finiseculares.

Es necesario recordar también el entusiasmo de doña Emilia por la cultura europea. Pardo Bazán fue una mujer viajera y cosmopolita; conocía el inglés, el francés, el italiano, había viajado y permanecido en diversos países —Francia, Italia, Austria...³⁰— y en su contacto con otras culturas y otras formas de vida había sentido siempre placer y necesidad de darlas a conocer en la Península, con el claro propósito de lograr una renovación de la vida española en el terreno sociocultural. Buen testimonio de ello es «*La cuestión palpitante*», «*La revolución y la novela en Rusia*», o su activa participación en la revista «*La España Moderna*», vehículo fundamental para la introducción de autores y corrientes extranjeras en nuestro país³¹. Este afán de abrir puertas hacia el exterior

²⁷ Vid. N. Clemessy, *op cit.*, p. 37.

²⁸ E. Pardo Bazán, *San Francisco de Asís (siglo XIII)*, en Obras completas. Madrid, 1903. Tomo 27, Pueyo, p. 109.

²⁹ W. Pattison, *El naturalismo español*, Madrid, 1965.

³⁰ C. Bravo Villasante, *Vida y obra de Emilia Pardo Bazán*, Madrid, 1962.

³¹ Testimonio también de este afán de europeización es su discurso feminista, orientado en un primer momento a conseguir una situación jurídica para la mujer semejante a la del varón. Vid. su intervención en el Congreso Pedagógico Hispano-Portugués-Americano celebrado en Madrid en 1892.

y no encerrarse dentro del solar que marcan las fronteras políticas del país, queda explícito en una de sus conferencias en el Ateneo en 1887:

«A veces me ha sucedido oír censuras por mi afición a estudiar el movimiento literario extranjero y darlo a conocer en mi patria; siendo así que no tienen las letras españolas, las castizas, las de manantial, quien con más sincera devoción las ame y procure seviras. Mas esta devoción no pide la ignorancia, desprecio y odio fanático de la belleza cuando se realiza en países extraños. Nunca, que yo sepa, alcanzó la valla del Pirineo ni los mares que nos cercan a aislarnos intelectualmente del resto del orbe, y peor para nosotros si tal llegase a suceder. Romanos, árabes, hebreos, italianos, franceses y alemanes han ido prestándonos sucesivamente elementos estéticos, que en ocasiones frecuentes tuvimos gloria de restituirles con usura: ¿a que rodear a España de un cordón sanitario, hoy absurdo y sobre absurdo, inútil?. ¿Ni cómo prosperaría la crítica si la condenasen a privarse de términos de comparación, a girar siempre en un mismo círculo, a no salir de casa así se muera de tedio?³².

Estas palabras de Pardo Bazán muestran una faceta de la escritora que ha sido escasamente subrayada: su eficaz cosmopolitismo y su afán de abrirse a Europa sin renegar ni desvincularse de la tradición, factores que la conectan claramente, no ya con la generación del 98 sino son la misma de 14, que como recientemente ha afirmado Santos Juliá, entronca, por encima de la del 98, con la generación liberal que la precedira³³. Durante mucho tiempo se mantuvo un estereotipo de los escritores interseculares a los que se consideraba como «hombres perocupados por el “alma” de una España que les “dolería” y que quisieran cerrada sobre sí misma, ajena a las influencias extranjeras y sólo atenta a una “misión” universal de la que sería prueba su historia y su cultura. El propósito de los escritores del 98 consistiría entonces en ahondar en su “ser”, para oponerle al de las demás naciones a las que volverían las espaldas, sumidos en la contemplación de un paisaje austero, el de Castilla, convertido en el emblema de una interrogación angustiada en la que se aunarían la búsqueda personal agónica y el destino histórico trágico...»³⁴. Actualmente sabemos que el panorama de fin de siglo es más complejo y no puede reducirse a la que se llamó durante mucho tiempo «generación del 98». En los años interseculares se entrecruzan una serie de trayectorias diversas que tienen, sin embargo, unos rasgos comunes. Todos —pintores y poetas, filósofos y sociólogos— «buscan la apertura hacia Europa, de la que les vienen a todos la inspiración, las ideas, los modelos; pero al mismo tiempo todos pretenden reanudar con una inspiración *popular*, cuya definición es sin duda ambigua pero central: tanto en arte como en filo-

³² E. Pardo Bazán, primera conferencia en el Ateneo de Madrid, 1887. Vid. *La revolución y la novela en Rusia*, tomo VII de la Biblioteca de la Mujer dirigida por E. Pardo Bazán, 3.ª ed. (s.f.), p. 5.

³³ S. Juliá, «La protesta contra nuestros mayores», en *Los significados del 98*, Actas del Congreso Internacional de la UCM, 21-23 de octubre de 1898 (en prensa).

³⁴ C. Serrano, «Conciencia de la crisis, conciencia en crisis», en J. Pan-Montojo (coord.), *Más se perdió en Cuba*, Madrid, 1998, p. 339.

sofía se trata de volver a una creación que sepa hacer suyos los legados de las tradiciones seculares, sin renunciar por ello a la capacidad innovadora del artista»³⁵. Creemos que, dentro de este conjunto humano debe ser incluida la persona de Pardo Bazán.

¿Cuál fue la actitud de doña Emilia ante la guerra colonial? Tal vez fuera bueno tener como referente el paralelismo —cargado de diferencias— ya señalado por Cacho, entre la situación francesa posterior a la derrota de Sedán en 1870, y la española del 98. En Francia la derrota de 1870 produjo una atmósfera de estupor, ya que no se esperaba el descalabro que arrastró consigo al II Imperio. Mas rápidamente surgió una reacción que permitió el afianzamiento de un régimen republicano, que marcó la vida pública francesa con ciertos rasgos que se han mantenido hasta fechas muy recientes³⁶. Muy diferente fue lo que ocurrió en España. En nuestro país existía una opinión mayoritaria que compartía «al menos de manera pasiva, el infundado optimismo oficial mantenido de puertas afuera con el apoyo de la prensa establecida». Pero junto a esta opinión generalizada se levantaron las voces de una minoría independiente en Madrid y Barcelona que mostraron su divergencia o su desconfianza con las directrices dadas por el gobierno, augurando «un fatal desenlace». No se puede hablar —señala Cacho— de que los divergentes formaran un bloque compacto ni desde el punto de vista político, ideológico o generacional³⁷. En ese grupo estaban Pi y Margall, Pablo Iglesias, Unamuno, Maragall..., y también una mujer, doña Emilia Pardo Bazán. Bien explícita resulta su postura en estas líneas escritas en 1899:

«No me dediqué a la bravata y el reto padeciendo no pocas impertinencias» cuando la guerra se declaró. Al contrario: me gané dictado de *mala española* por sostener que a toda costa debía evitarse aquel horrendo y fatídico conflicto. Tampoco he rendido parias a la literatura suina o cerdosa, que dió bastante juego como debe recordarse, allá en la primavera del pasado año, mientras nos hundíamos. Y nadie me gana en sinceridad para reconocer las lastimosas deficiencias de nuestra vida nacional —en la privada no considero que al escritor le sea lícito intervenir—. Los *errores comunes*, tiene no sólo el derecho sino el deber de corregirlos hasta donde alcance el publicista, y creyéndolo así he trabajado para extirparlos, arrojando todo género de riesgos y padeciendo no pocas impertinencias»³⁸.

Participa Doña Emilia de la minoritaria corriente crítica, que trata de examinar y denunciar las causas que han conducido a España a la situación de nación moribunda³⁹. Pardo Bazán expresa su percepción de la realidad española

³⁵ *Idem.*, p. 339.

³⁶ V. Cacho, *Repensar el 98*, Madrid, 1997, p. 78.

³⁷ *Idem.*, pp. 79-80.

³⁸ E. Pardo Bazán, BAZÁN, *Respirando por la herida*, en «La Ilustración Artística», núm. 919, año 1899.

³⁹ *Vid. Lisboa*, en «La Ilustración...», cit *supra*, núm. 877, año 1898.

en los años finiseculares bien de manera realista a través de sus artículos periodísticos, bien de forma simbólica a través de sus cuentos. De toda su producción finisecular he seleccionado una revista, *La Ilustración Artística*⁴⁰, en la que colabora asiduamente entre 1896 y 1916, y unos cuentos, *Cuentos de la Patria*, escritos precisamente en 1898. Creo que ambos conjuntos literarios constituyen una magnífica fuente para conocer su pensamiento en ese crítico momento de la historia de España.

Doña Emilia, coetánea de los grandes novelistas de la Restauración, gran novelista ella misma, mujer de gran sensibilidad y extremada e inteligente curiosidad, percibe la situación de España en los años de fin de siglo. Pardo Bazán contraria a la guerra de Cuba y consciente tras la derrota de las penosas circunstancias que atraviesa el país, se sirve de la pluma para criticar con dureza a la clase dirigente, para poner de manifiesto los «males de la patria», para proponer posibles soluciones y en todo caso, para aportar su trabajo y sumarse al proyecto de regeneración.

La escritora no se queda en la crítica amarga, no hurga en su interior, no se contenta con la introspección, sino que al percibir una España que no le gusta, en vez de refugiarse en la utopía o el ensueño como hiciera la generación del 98⁴¹, reflexiona sobre las causas que han contribuido a crear a esa «atmósfera letal en que agoniza España»⁴², y trata de establecer un diagnóstico que permita proponer un remedio eficaz. Doña Emilia cree en la necesidad de tener un proyecto de futuro, ya que sólo de esta manera es posible fundamentar la esperanza y no apelar a la resurrección milagrosa.

Trataremos de seguir su discurso. En un par de artículos escritos en 1898 en «*La Ilustración Atisítica*», Pardo Bazán denuncia la falta de «cabezas» que se advierte en el país en contraste con la abundancia de «cabecillas» —así en diminutivo— que han surgido y han venido «a ser una de las fórmulas de nuestra decadencia y de nuestra particular desventura». La escritora subraya la falta de responsabilidad de la clase dirigente que organiza, festeja y participa en los Carnavales que se celebran en el invierno del 98. No es hora, piensa doña Emilia, de fiestas y dilapidaciones mientras «nos oprimen las entrelazadas sierpes de las furias, símbolo de la guerra, y cuando nos amagan todo género de calamidades y fieros males». Pardo Bazán, que tiene muy presente en aquel momento el sufrimiento humano que comporta la guerra, reflexiona acerca de la contradicción que supone la llegada de los muertos y heridos que arriban a los puertos españoles y la dilapidación que suponen los festejos. Pardo Bazán, inquieta ante esta contradicción, se pregunta: «¿Podría nadie suponer que nos amague la bancarrota cuando rueda el oro de mil formas (...) en los soalres de los Carnavales?»

⁴⁰ Esta revista se publica en Barcelona. En ella escribe Pardo Bazán su primer artículo en 1886, pero hasta 1896 colaborará de manera esporádica, incluso hay años en los que ni siquiera aparece su firma.

⁴¹ P. Laín Entralgo, *op. cit.*; *vid.* también su Conferencia inaugural del Congreso internacional de la UCM, «Los significados del 98», Madrid, 21-23 de octubre de 1998 (en prensa).

⁴² *Vid. Asfixia*, en «*La Ilustración...*»; *cit. supra*, núm. 903, año 1899.

¡Enigma, eterno enigma; España, esfinge de naciones!»⁴³. Doña Emilia, clarividente y crítica denuncia los errores porque juzga que es la única vía para ponerles remedio, pero no reniega de la Patria; por ello tal vez recomienda a los españoles seguir el consejo que Turgueniev diera a sus compatriotas: «a la santa Rusia no se la puede comprender pero hay que amarla»⁴⁴.

La ausencia de una clase dirigente preocupa profundamente a Pardo Bazán, como parece indicar su continua insistencia sobre esta cuestión, tanto en muchos de sus artículos como en alguno de sus *Cuentos de la Patria*. Recordemos uno, «El torreón de la Esperanza»; en él la denuncia va acompañada de un explícito pesimismo, ya que desde el «torreón», que en la narración permite divisar el futuro, los peregrinos españoles no atisban, ni a lo lejos, una elite que permita el relevo de la clase política del país⁴⁵.

Pardo Bazán continuará su denuncia en 1899; resulta muy dura y certera su crítica a los políticos de la Restauración, en la que muestra —desde su óptica— el fracaso y las lacras de los mismos gobiernos liberales comprometidos en el falseamiento del sistema:

«En carlista y en integrista hemos vivido, sentido y pensado, por miedo a los integristas y carlistas, por no darles armas, por no padecer guerras civiles. Política que los liberales extremaron, pues necesitaban demostrar que no era su ánimo innovar cosa alguna; que el *statu quo* no tiene tan convencidos prosélitos. Claro que el gobierno no se estaba quieto del todo: paralítico de las regiones donde se asienta el corazón, conservaba no obstante, su actividad en la mano izquierda y el estómago; éste, ya se sabe para qué; aquélla... para dar vueltas y más vueltas al manubrio electoral»⁴⁶.

El funcionamiento de la vida política le conduce al pesimismo; la trayectoria de la vida parlamentaria durante el siglo XIX no ha seguido el camino esperanzador con que abriera el siglo XIX. La escritora se refiere al contraste que preside la convocatoria de las Cortes de Cádiz «reunidas en momentos supremos», convocadas «por el impulso de la nación para que sirvieran de áncora salvadora», y las Cortes de 1898 que se reúnen «porque no hay otro remedio que acatar la fórmula»⁴⁷. En las Cortes de 1898, «que se abren sobre un abis-

⁴³ *El arte histórico y el Carnaval*, en «La Ilustración...», núm. 843, año 1998.

⁴⁴ *Resurrección*, en «La Ilustración...», núm. 845.

⁴⁵ En efecto, el cuento termina subrayando el imposible relevo de la clase dirigente: «Los de la hueste esperada, los de la hueste desconocida... no eran sino “aquellos” mismos, ¡vive Dios!, aquellos que desde hacía años lidiaban, resistiendo los embates de la censura y las exigencias del descontento y del cansancio. Todos iguales, todos invariables, ya curtidos, ya veteranos... Los mismos caudillos, los mismos estadistas, los mismos artistas y literatos célebres... ¡Ni una cara nueva, vive Dios!». Y los viajeros españoles, asaz mohinos (...) se consolaron armando una tertulia, volviendo a pulverizar a los eternos “héroes”, y planeando para el otoño próximo otra subida al torreón de la esperanza». Vid. «El torreón de la Esperanza», en *Cuentos de la Patria*, E. Pardo Bazán, *Obras completas, op. cit.*, p. 1776.

⁴⁶ Vid. *Asfíxia*, en «La Ilustración...», núm. 903, año 1899.

⁴⁷ *Del Parlamento*, en «La Ilustración...», núm. 857, año 1898.

mo»⁴⁸ no se indaga ni se discute, transcurren bajo la consigna de no debatir los problemas so pretexto de que ya ha ocurrido el Desastre. Pardo Bazán expresa su desacuerdo con tal forma de proceder y se sirve de la pluma para denunciar el silencio parlamentario. Señala, que si como se afirma la historia es maestra de la vida, saber lo que ha sucedido «es cosa necesaria, indispensable», ya que la opinión pública se forma «conociendo lo que ha ocurrido y sus causas». En España, sin embargo, reina el silencio porque no hay, a diferencia de lo que ocurre en Estados Unidos —potencia por la que no muestra simpatía—, ningún proyecto de futuro. Esta ausencia rebela a doña Emilia, que con su talante apasionado escribe:

«Cualquier cosa antes que esa inocente candidez, que se hable, que se discuta, que se despierte España; que sea consciente, no resignada y fatalista (...) Sintámonos miembros de la patria todos y cada uno...(...). Tratemos de ver, tratemos de comprender. ¡Cuando pienso que si nuestros gobiernos hubiesen visto y comprendido a tiempo...»⁴⁹.

Tras el Desastre la prensa multiplica las explicaciones y las justificaciones de lo ocurrido, pero cada grupo implicado en las decisiones que han conducido a la guerra y a la derrota, intenta justificar lo ocurrido desde su propia perspectiva, exponiendo ante la opinión pública motivaciones y actitudes muy contradictorias que siembran el desconcierto y la confusión en la población. La propia escritora confiesa ser ella misma, en cierta medida, sujeto de esa confusión: ¿A que carta quedarse?. Pardo Bazán siente necesidad de hablar y de manifestar su propia percepción:

«No vacilo en afirmarlo: una de las cosas peores que hoy nos suceden, es no saber a que atenos, ni a quien echar la culpa de tanta catástrofe, del fracaso inmenso de nuestra política, nuestro régimen, nuestras esperanzas, desde la Restauración acá»⁵⁰.

En su reflexión retrospectiva sobre la historia de España, piensa doña Emilia que se erró el camino en la época de los Reyes Católicos, al optarse por apoyar a Colón en su empresa, cuando lo acertado hubiera sido seguir los consejos de Cisneros y orientarse hacia Africa. Pardo Bazán, al hacer una valoración de la trayectoria que ha conducido a la derrota, cree que si bien —como algunos afirman— España ha sido víctima del romanticismo, no es menos cierto que también lo ha sido

«de la ciega imprevisión y de la concupiscencia verdaderamente criminal de unos gobernantes que desde hace muchísimo tiempo sólo viven preocupándose de ganar

⁴⁸ *Las Cortes*, en «La Ilustración...», núm. 853, año 1898.

⁴⁹ *Del Parlamento*, cit. *supra*.

⁵⁰ *Elegía*, en «La Ilustración...», núm. 855, año 1898.

las elecciones, de colocar a sus paniaguados (...) sin recordar que España aún poseía vivas las colonias, mas que cuando se trataba de remitir a esa Jauja las balas perdidas que sobran aquí»⁵¹.

Como puede observarse, es dura su crítica de la clase política y muy duro su diagnóstico acerca de los españoles que van a Cuba, guiados fundamentalmente por el afán de enriquecerse. Aunque no lo diga expresamente la escritora, pensamos que no sería distorsionar el texto afirmar que doña Emilia piensa que los políticos de la Restauración no cuidan el buen gobierno de la isla, y no se preocupan de seleccionar a las personas adecuadas para los cargos de gobierno.

En 1898, Pardo Bazán percibe una España derrotada, moribunda⁵², sin sangre en las venas⁵³, temerosa por el posible ataque de la escuadra de Estados Unidos⁵⁴. Y ante este cúmulo de circunstancias adversas siente un profundo pesimismo:

«tales nos han puesto entre unos y otros, a tal extremo nos han reducido que hay horas en que pensamos si sería mejor *no haber nacido*, como nación; no haber tenido esas páginas brillantes y esos triunfos que tan caros estamos pagando. ¡Felices los que no pueden evocar para mengua del presente un pasado escrito en cifras de luz sobre el amplio cielo de dos mundos, en ninguno de los cuales parece que encuentra hoy descanso el inmenso cadáver de nuestra grandeza»⁵⁵.

El pesimismo pardobazániano toca fondo en el otoño del 98; la realidad del Desastre ya no se percibe únicamente por las noticias de prensa, sino que la llegada de las víctimas de la guerra pone ante los ojos la tragedia y el sufrimiento

⁵¹ *Elegía*, cit. *supra*.

⁵² Pardo Bazán en uno de sus artículos se refiere al proceso paralelo seguido por España y Portugal que, tras haber jugado brillante papel en el mundo «a un tiempo decayeron y murieron... Morir es el verbo que Oliveira Martins emplea —está comentando *La historia de la civilización* de este autor— y nadie ha de protestar por creerlo demasiado riguroso. Vid. *Lisboa*, en «*La Ilustración*..», núm. 877, año 1898. Es indicativo que doña Emilia recurra al verbo morir para referirse a las dos naciones de la península, víctimas del imperialismo anglosajón., recogiendo la terminología que Lord Salisbury empleara el 4 de mayo de 1898 al referirse a la existencia de *living y dying nations*.

⁵³ *La protagonista de uno de su Cuentos de la patria* —«*La Exangüe*»— encarna la nación española. El título ya es de por sí significativo, pero doña Emilia se refiere expresamente a que España ya no puede ser representada por una «sempiterna matrona con el inevitable león», sino que en ese año de 1898 la simboliza mejor, la cabeza de una joven anémica orlada de claveles rojos y amarillos, sobre un fondo rojo incendiario.

⁵⁴ Vid. dos artículos de «*La Ilustración Artística*» —*Actualidades*, núm. 863, y *Las víctimas*, núm. 866, de 11 de julio y 11 de agosto de 1898 respectivamente—, en los que da cuenta de la cercanía de los barcos americanos y del peligro que se cierne sobre España, ya que se anuncia el próximo arribo de la escuadra del Comodoro Watson «dispuesto a santiguar con peladillas de acero a los puertos de la costa cantábrica». El peligro de un ataque americano de hecho existió en aquellas fechas, vid. J. M. Jover Zamora, «Después del 98. El horizonte internacional de la España de Alfonso XIII. Estado y Política», en *Historia de España Menéndez Pidal*, dirigida por J. M. Jover Zamora, vol. XXXVIII, Madrid, 1995, espec. p. LXXVII.

⁵⁵ Vid. *Las víctimas*, cit. *supra*.

humano⁵⁶. Significativo de su estado de ánimo resulta un artículo escrito en vísperas del día de Difuntos; artículo que a mi juicio supone una impresionante manifestación de la desazón, del dolor, del abrumador peso del infortunio que siente como española, y que necesita comunicar a sus compatriotas:

«Si antaño se ha repetido que todo el año es carnaval, hogaño debe decirse que fue todo de Difuntos. Hemos enterrado sucesivamente, la esperanza, la honra nacional, la reputación que aún hacía en Europa poético y glorioso nuestro nombre; hemos enterrado la fortuna pública, la herencia de nuestros antepasados, la soberanía española en Ultramar, la fe en muchas cosas, en infinitos hombres, en instituciones y organismos que nos parecían inmortales; y hasta hemos acompañado a la sepultura a nuestro propio corazón de patriotas, helado y paralizado por tantos desengaños, lacerado por tantas espinas. En vez de preguntar quien se ha muerto aquí, preguntemos quien ha quedado vivo; que es lo que todavía palpita, que es lo que aun siente circular el torrente de la sangre por las venas»⁵⁷.

Ahora bien, Pardo Bazán no es mujer que se quede en la contemplación pasiva de los «males de la patria», sino que estos le llevan a buscar la raíz, las causas que han conducido a la catástrofe generalizada, con la finalidad de hacer un buen diagnóstico, un diagnóstico afinado que permita encontrar el remedio eficaz que pueda sacar al país de la sima en que se encuentra y logre devolverle la esperanza.

Nos parece que el conjunto de los escritos pardobazanianos que venimos comentando deja claro lo que piensa de doña Emilia acerca de la situación española; insistiremos sin embargo en ello, ya que la novelista escribe sobre este tema repetidamente, signo —a nuestro parecer— de su honda preocupación y de su afán de trasvasar a la opinión pública el fruto de su insistente reflexión. Una de los graves problemas que pesa sobre España reside, a su juicio, en el divorcio existente entre los objetivos que guían el quehacer de los gobernantes y los verdaderos intereses del pueblo; la escritora se refiere a ello unas veces de forma simbólica⁵⁸, y otras de manera directa y contundente en sus artículos de prensa⁵⁹. Buena muestra de este divorcio es el espectáculo que ofrece el Congreso:

⁵⁶ «El espectáculo que hemos presenciado estos días, el desfile de moribundos y muertos conducidos en camillas desde el vapor "Alicante" hasta el lazareto. Digo muertos porque muchos que salieron vivos eran cadáveres antes de tocar tierra». *Vid. Los obispos*, en «La Ilustración...», núm. 871, año 1898.

⁵⁷ *Vid. De requiem*, en «La Ilustración...», núm. 879, año 1898.

⁵⁸ *Vid. «El palacio frío»*, en *Los cuentos de la Patria*, en E. Pardo Bazán, *Obras...*, cit. *supra*, pp. 1776-1778.

⁵⁹ «Malo es que nos oprima y chupe la sangre el caciquismo, detestable que nuestra administración sea un tejido de corruptelas y de rutinas, cruel que todo se encuentre en este grado de decadencia e inferioridad, de podredumbre y anemia profunda», *vid. la sección de Vida contemporánea*, en «La Ilustración...», núm. 897, año 1899.

«Asistir estos días a las sesiones del Parlamento, es como presenciar una consulta entre doctores, a dos pasos de la cabecera de un enfermo grave. No se oyen mas que apreciaciones de carácter sanitario, médico o higiénico (...). Lo curioso es es que, hallándose todos conformes en la existencia de la enfermedad, cuando llega el caso de circunscribir y determinar sus síntomas, no hay medio de hacerlo: cada parte del organismo español se declara sana, fuerte, limpia, inmejorable»⁶⁰.

La clase política no es capaz —en la óptica de doña Emilia— de encontrar el remedio; tampoco lo son aquellos que lo buscan en la apelación a las glorias pasadas⁶¹; su repulsa y distanciamiento de estos aparece claramente expuesta en su cuento *La armadura*. El cuento hace referencia a la situación de un noble arruinado, que ante la necesidad de acudir a un baile de disfraces recurre a la armadura de un antepasado; pero a lo largo de la fiesta el disfraz le oprime, se le hace insostenible y está a punto de acabar con su vida. Creo que es muy significativo que la autora transforme lo que antaño fuera un elemento de defensa en una causa de opresión y de muerte. Y es que los tiempos han cambiado, el sujeto ya no es el mismo aunque continúe llamándose igual, ha crecido... El mensaje aparece explícito en el último párrafo de la breve narración:

«España es como tú..., metida en los moldes del pasado y muriéndose, porque ni cabe en ellos ni los puede soltar...»⁶².

Tras la derrota del 98, doña Emilia se duele de la insensibilidad de los españoles, y compara el contraste entre la actitud del pueblo español y el francés. En España, indica, se continuó la vida cotidiana sin alterar su ritmo: carnavales, corridas de toros...; en Francia, en cambio, las mujeres se vistieron de negro tras Sedán, para expresar públicamente su profundo dolor por la *debacle*. Pardo Bazán compara el distinto proceder de estos pueblos y expone un conjunto de problemas que padece España. Da cuenta de la incapacidad de la clase dirigente, de la actitud de unos poetas que se desentienden de lo que ha sucedido, del comportamiento de una prensa que se limita a satisfacer las demandas de un público escasamente culto que no quiere indagar sobre la verdad de lo que le ocurre en España, de la existencia de una desigualdad entre hombres y mujeres que apenas interesa a nadie, de la transformación del viejo regionalismo que amenaza con separatismo... ¿Cómo percibe doña Emilia este conjunto de problemas. Tratemos brevemente de resumir su punto de vista.

Acerca de la incapacidad de la clase dirigente creemos que es ya suficiente lo que hemos señalado más arriba. En cuanto a los escritores y poetas, portavoces

⁶⁰ *Idem*.

⁶¹ Es el caso de la generación del 98 que se detiene en la reflexión crítica, amarga, pesimista, y encara el futuro a través del ensueño y la utopía sin tener un proyecto de futuro; en todo caso, su propuesta es la vuelta atrás, el ensueño de lo que España pudo ser y no fue. Recordemos la apelación de Unamuno a la figura de Fray Luis de León en su obra *En torno al casticismo*.

⁶² *Vid.* E. Pardo Bazán, *Obras...*, cit. *supra*, pp. 1771-1774.

estos últimos del sentir de un pueblo, Pardo Bazán muestra su extrañeza al considerar que lo que está ocurriendo, las «desdichas» de España, «la cosa más actual» que existe, no concite el interés de los principales figuras de la literatura:

«Los literatos de gran renombre de España no han abierto la boca en esta ocasión. Decíame no se quién hace pocos días: “En España no debe haber poetas, cuando no han cantado ni llorado la catástrofe nacional”. Y otro tanto podría afirmarse, así en conjunto, de los prosistas famosos»⁶³.

Una clave para entender esta laguna tal vez pueda encontrarse en la actitud del pueblo español que vive de espaldas a la realidad, y bien se aturde en fiestas, actitud que la escritora no puede comprender⁶⁴, o bien, víctima de su escasa instrucción, sólo se siente atraído por los acontecimientos de la vida local⁶⁵.

En este contexto doña Emilia siente la obligación de comprometerse con la realidad⁶⁶; cree que la literatura ha de estar estrechamente ligada a la situación de cada país, y que la complejidad de los problemas nacionales son los que deben inspirar la pluma de los escritores. Por ello es lógico que «un pueblo próspero (...) tenga una literatura independiente y desligada de compromisos» de la misma manera que, a su juicio, «un pueblo como el español, tan atrasado, tan desorientado y tan infeliz, necesitaría mas bien una literatura de acción, estimulante y tónica, despertadora de energías y fuerzas, remediadora de daños»⁶⁷. En fin, es necesario que el prosista, el novelista y el poeta se encarguen de difundir la verdad de la situación que atraviesa España, y colaboren en concienciar a la población del alcance de los «males» que se ciernen sobre la Patria. Pero en España esta función resulta, de hecho, difícil tanto por la actitud de los escritores como por la del público lector. Pardo Bazán no oculta su desconfianza acerca de los destinatarios del mensaje: «No sabemos para qué se escribiría aquí algo relativo a nuestras catástrofes», señala refiriéndose a la escasa resonancia que ha tenido la obra de Macías Picavea, *El Problema Nacional*; y de nuevo compara la actitud española y la francesa:

⁶³ Vid *Asfixia*, cit. *supra*. Pardo Bazán no debía conocer la poesía de Vicente Medina, lo cual por otra parte no resulta extraño, dado que un siglo después, es decir, actualmente, continúa siendo ignorada como han mostrado los eventos del 98. Muy recientemente Jover Zamora ha llevado a cabo un agudísimo estudio de «Cansera», poesía del murciano Vicente Medina y ha puesto de manifiesto la incidencia de la guerra —amargura y dolor— en la sensibilidad popular. Vid. «Cansera, la otra cara del 98», en *El 98 en la perspectiva de su centenario*, Madrid, Real Academia de la Historia (en prensa).

⁶⁴ Vid. *Resurrección*, en «La Ilustración...», núm. 845, año 1898.

⁶⁵ Vid *Asfixia*, cit. *supra*.

⁶⁶ «Noto que mi fe en la estética se ha debilitado. Me duele, me apena ver que las letra propiamente dichas conservan su olímpica impassibilidad en presencia de tan terribles y reiterados golpes», leemos en *Asfixia*. cit. *supra*.

⁶⁷ Vid. *Asfixia*, cit. *supra*. Conviene recordar que esta es precisamente la función que Ortega asignará al intelectual: la de movilizar a la masa.

«Hubiérase publicado ésta en Francia a raíz de los desastres, y las ediciones se multiplicarían, y la prensa llenaría sus columnas con el examen de las opiniones, datos y apreciaciones del autor. Aquí no he visto que ningún periódico se tome la molestia»⁶⁸.

Es cierto que la prensa no se preocupa por transmitir los auténticos problemas del país ni se siente obligada a crear un estado de opinión acerca de la situación real en que se encuentra España: «¿Culpa de los periodistas?» se pregunta doña Emilia, que se apresura a contestar ella misma:

«Sí, pero del público, del medio ambiente, en primer término», que no se interesa más que por sucesos taurinos, intrigas electorales, dramas conyugales, crímenes, broncas ..., pero al que no le interesan las cuestiones serias: «que no le vengan a dar la lata (así se habla, y entre gentes de levita o de frac) con todo eso de la educación, de la agricultura, de la cultura nacional del problema económico y del plan curativo aplicable al hombre enfermo»⁶⁹.

Pardo Bazán lamenta la estrechez de miras del pueblo español, vuelto hacia sí mismo y hacia un pasado en el que fundamenta su propio patriotismo; de un pueblo que se muestra receloso ante cualquier innovación y desconfiado ante cualquier aportación foránea:

«El público español, en general, es enemigo de lo nuevo y de lo extranjero, sólo por ser extranjero y nuevo. Nuestra naturaleza nos inclina al oficio de aduaneros intelectuales. Nuestro orgullo vano nos inclina a desdeñar lo que no producimos, al mismo tiempo que no prestamos atención a lo que producimos»⁷⁰.

Otra cuestión que preocupa a la escritora en su diagnóstico de los problemas finiseculares es la desigualdad jurídica entre hombres y mujeres, bien diferente a la que se advierte fuera de nuestras fronteras. Esta preocupación, constante *leit-motiv*, tanto en su obra literaria⁷¹ como en su quehacer público, queda relegada a un segundo plano en sus escritos interseculares, no porque haya sido olvidada —como lo demuestra su alusión a la falta de derechos po-

⁶⁸ Vid. *Asfixia*, cit. *supra*.

⁶⁹ Vid. *Asfixia*, cit. *supra*. Y continúa, instalada en su pesimismo: «¿Educación? Para eso están los maestros de escuela con sus ayunos al traspaso y sus hambres caligurritanas. ¿Agricultura? Venga la noria morisca y el arado prehistórico, y tan campantes. ¿Cultura nacional? Nunca; antes la muerte. Perdería esta nación su mayor hechizo, la *pátina* o barniz del tiempo y además sus virtudes y sus fuerzas morales, que consisten en eso precisamente, en no tener de cultura ni mija. ¿Problema económico? Vayan pagando el cupón, y trampa adelante... Y ¡ea!, no nos obliguen a enterarnos de eso; déjennos en paz. Sobre que estamos tan mal y tan agobiaditos, aun quieren que nos echemos al colete libros y artículos que nos han de llenar la cabeza de balde...». Texto fantástico, muy significativo de la desconfianza que Pardo Bazán siente hacia el pueblo a comienzos de 1899.

⁷⁰ Vid. *Crepúsculos*, en «La Ilustración...», núm. 893, año 1899.

⁷¹ G. Gómez-Ferrer Morant, *op. cit.* véase nota 9.

líticos de las mujeres—⁷², sino por una decisión consciente de la escritora que juzga más perentorio en aquel momento denunciar unos problemas que deben concitar el consenso general del público. Doña Emilia sabe que el tema de la igualdad entre hombres y mujeres suscita sospechas en gran parte de la sociedad española y, tal vez por ello, en esas críticas fechas, apenas se refiere a él. Es posible, sin embargo, que Pardo Bazán tuviera mala conciencia por su silencio, lo que explicaría su apelación directa al público lector en un artículo de 1901:

«Los lectores de estas crónicas reconocerán que no abuso de la nota feminista, que rarísima vez les hablo de las ventajas obtenidas en otros países sin efusión de sangre, por más de la mitad del género humano (...). Y es que en España nos acomete, respecto a esta cuestión, algo como acceso de pereza y fatalismo. ¡Vivimos, particularmente en esto, tan atrasados!. ¡Sería tan dificultoso romper nuestra costra de incultura, modificar nuestro criterio, propiamente musulmán en cuanto a la mujer!. Y al mismo tiempo, ¡por ahí van las cosas tan deprisa!»⁷³.

También aparece insistentemente en sus artículos finiseculares la repulsa a los Estados Unidos. Especialmente dura es su crítica a la actitud seguida por esta gran potencia en la guerra con España:

«Pudieron nuestros desaciertos al no prevenir y nuestra desmaña al no extinguir una insurrección que de palabra vencíamos diariamente, determinar y fundamentar la intervención de los Estados Unidos en Cuba; pero la anexión de la Antilla, y más aún de Filipinas, quitaron la careta a la verdadera intención de un pueblo que tuvo el mal gusto de cultivar en vísperas del siglo XX, la hipocresía —el vicio de las épocas serviles— (...). Se proponía únicamente destruir nuestra flota y arsenales y descargar sobre nosotros golpe recio; después, imposiciones de la insaciable Inglaterra, la de los dientes enormes, determinaron la ocupación y captura de aquellas ricas colonias españolas»⁷⁴.

En fin, el raudal de sufrimiento humano que ha comportado la guerra, que se hace visible y adquiere rostro con la llegada de los repatriados —«los rotos despojos del gran naufragio»—, y se difunde con los relatos de los que han vivido la contienda —«aprendemos cosas sospechadas vagamente y sobrepujadas por la negra realidad»—, ahonda la meditación de la escritora y le lleva a medir el alcance que la derrota puede tener en la trayectoria del regionalismo que se ha ido desarronllando en distintas áreas de la Península⁷⁵. Aunque la escritora

⁷² Vid. *Las Cortes*, en «La Ilustración...», núm. 853, año 1898. El tema de la falta de derechos políticos que padecen las mujeres, no había sido objeto de la atención de la escritora anteriormente.

⁷³ Artículo sin título publicado en «La Ilustración...», núm. 1.015, 1901.

⁷⁴ Vid. *Respiranto por la herida*, en «La Ilustración...», núm. 919, año 1899.

⁷⁵ A propósito de esta cuestión escribe en 1899: «El regionalismo es añejo en varias provincias españolas y a la vuelta del regionalismo lírico está su forma aguda, el *separatismo*». Y sale al paso de los parecen sorprenderse de los nuevos derroteros por los que amenaza deslizarse:

enfoca el tema de manera general, parece evidente —por las alusiones que hace a Barcelona o a Durán y Bas— que está pensando en Cataluña al referirse a la agudización de este problema. Una vez más, Pardo Bazán diagnostica con su finísimo olfato el efecto que el 98 puede tener en la trayectoria del nacionalismo catalán. Cree firmemente doña Emilia, que la causa de que el regionalismo que se había manifestado en años anteriores haya devenido en separatismo, se debe, fundamentalmente a los desaciertos del gobierno:

«En naciones bien gobernadas y prósperas no se conoce el separatismo (...) Nuestro hondo malestar, nuestras continuas decepciones, la inestabilidad e inseguridad de todas las cosas y de todos los aspectos de nuestra vida, la sorda irritación que a la larga se engendra en los espíritus (...) ¿en qué había de acabar sino en el movimiento instintivo de agarrarse a cualquier cosa, al carlismo, al federalismo, al separatismo?... (...)

El abrojo del separatismo claro está, crece con el riesgo de nuestras lágrimas de patriótico dolor. Para reducirle a sus verdaderas proporciones, quizá harto mezquinas, bastaría que luciese sobre nosotros un rayo de esperanza, que España entrase por el buen camino, que ahorrarse, que trabajase, que tuviese muchos y buenos maestros de escuela y pocos caciques, que gastase más en aprender que en reforzar un ejército y una marina, fatalmente incapaces, aunque se compusiese exclusivamente de héroes, de sostener el día de mañana nuestro pabellón. Bastaría, en fin, hacer lo que **sentimos** los pocos que desde una situación independiente, desligada de compromisos políticos y con absoluta imparcialidad, miramos el giro de los sucesos. No es lisonja, es convicción: si toda España fuese como Cataluña (¡ojalá!), no habría un separatista para contarlo. Lo que repito, que me extraña, es la extrañeza de los políticos (...) ¿Ibamos a esperar que después de Cavite y **lo demás**, disminuyese la falange separatista?»⁷⁶.

Magnífica postura la de esta mujer gallega, instalada en Madrid, atenta a Europa y gran admiradora de Cataluña. Sin duda posee la mente abierta y cosmopolita que da cabida a la complejidad de un problema derivado de la pluralidad de España, que el mal gobierno ha conducido al radicalismo que se manifiesta en una serie de reclamaciones políticas.

Como puede observarse, la reflexión y la glosa sobre los acontecimientos de la vida diaria impregna sus cuentos y sus artículos en los años interseculares. En ellos encontramos las tintas negras de la España desgarrada y brutal que Regoyos y Gutiérrez Solana llevarán a sus lienzos. Recordemos, por ejemplo, uno de los primeros artículos que escribe en «La Ilustración Artística» en 1898, en

«¿Cómo habían de ignorar estas tendencias quien diariamente leía en periódicos, versos y libros de su región diatribas y quejas unas veces contra Madrid, otras contra Castilla, y siempre, en el fondo, contra el conjunto de la patria española?». Doña Emilia que se confiesa regionalista pero no separatista, se duele en este mismo artículo, de la discriminación que ha sufrido en la propia Galicia por escribir en castellano a pesar de que la mayoría de su obra esta dedicada a describir paisajes, caracteres y costumbres gallegas. Vid. *Respirando por la herida*, cit. *supra*.

⁷⁶ *Respirando por la herida*, cit. *supra*.

el que se refiere a la guerra en términos espeluznantes que aluden al «baile siniestro», «macabro», en el que se entremezclan «fémures y costillas»⁷⁷.

Pero doña Emilia no se encierra en lamentos, sino que es amiga de proponer soluciones y vías de reforma. Buen exponente de esta actitud, son, sin duda, dos de sus *Cuentos de la Patria*: «El palacio frío» y «El caballo blanco». El mensaje del primero es claro: los gobernantes se encuentran separados del pueblo, y en eso precisamente radica la frialdad del palacio que está apunto de acabar con la vida del príncipe —encarnación de **España**—. Su tesis resulta evidente: es necesario que los gobernantes entren en contacto con el exterior; es precisa la comunicación del gobierno con el pueblo y también su apertura a Europa. El agudo diagnóstico que el doctor hace sobre la enfermedad del príncipe merece ser recordado: «La solución de este problema no está en la Medicina. Vuestra Majestad no está enfermo. No me consulte a mí sino a su conciencia y a Dios, y pues aquí tiene frío salga a todas horas; viva fuera de este palacio fatal». El príncipe Basilio hace caso de la receta, pero observa que esta medida no es suficiente, ya que al regresar al palacio vuelve a sentir el frío mortal. Y es entonces cuando él mismo piensa que la solución tal vez resida en abrir el palacio para que penetre el viento exterior y pueda llegar también hasta lo más recóndito el palpitar del pueblo⁷⁸.

Doña Emilia como Ortega hará posteriormente, no admite la existencia de una España muerta que ha de resucitar, sino que cree en la existencia de otra España que es la que debe tomar la alternativa en esos difíciles momentos. Muy significativo es al respecto el segundo de los cuentos señalados. «El caballo blanco», se refiere a la urgente llamada que recibe el apóstol Santiago para que empuñe las armas y venga milagrosamente, como antaño, a defender a la Patria de sus enemigos y a sacarla de la situación letal que padece. Pero en el cuento, a la apelación belicosa de la leyenda se contraponen otra leyenda, en este caso laboriosa, protagonizada por el campesino San Isidro. El encuentro entre los dos santos —dos tradiciones, dos España igualmente válidas—, se decanta por el trabajo. El santo labriego frena a Santiago: «Orden del Señor! —voceaba el labriego desesperadamente—. ¡Orden del Señor!. Ese caballo nos hace falta para uncirlo al arado y que ayude a destripar terrones». Y ese español que está ahí, que venga a llevar la yunta (...) Paisano mío, a arar con paciencia y sin perder un minuto»⁷⁹. El caballo no debe utilizarse para la guerra sino para tirar del arado y arrancar a la tierra sus mejores cosechas. La solución, pues, no es el milagro sino el trabajo callado y constante.

Son muchos y variados los testimonios de acendrado patriotismo que la escritora nos ofrece al respecto en sus conferencias y artículos interseculares. En

⁷⁷ Vid. *El arte histórico y el Carnaval*, cit. *supra*.

⁷⁸ «Quizá el palacio se templaría abriendo de par en par las puertas y las ventanas para que llenase el ambiente exterior, las ráfagas de la calle, y hasta la gente de la calle, la gente humilde. Vid. «El Palacio frío», en *Obras completas*, cit. *supra*, p. 1778.

⁷⁹ Vid. «El caballo blanco», en *Obras Completas*, vol. I, op. cit., p. 1769.

ellos analiza, examina, diagnostica y receta. Bien puede afirmarse que se mueve entre el pesimismo y la esperanza de que hablara Arno Mayer al referirse al clima europeo durante estos años, si bien Pardo Bazán se decanta, sin duda, por la esperanza. No condena la tradición; pero en unos años en los que muchos intelectuales tienden al encierro, al ensimismamiento o al casticismo, Pardo Bazán condena la hipocresía y la mentira convencional disfrazada de tradición. Sin lugar a dudas, al dolor que domina sus conferencias, sus artículos y sus cuentos se sobrepone la esperanza de la regeneración que vendrá por medio del trabajo, de la educación y de la apertura a Europa.

Pardo Bazán, al filo de sus cincuenta años, plena de vitalidad, se muestra abierta al futuro; es sensible al progreso y a las nuevas formas de vida: le gusta viajar —«por el viaje solo»— y contrariamente a los que denigran el siglo que acaba, la escritora es consciente de lo que supondría prescindir de los adelantos técnicos que se han logrado⁸⁰. La novelista se muestra feliz ante la aparición del automóvil y frente a los que lo consideran fuente de peligros, apuesta por la nueva forma de locomoción. Pardo Bazán no participa del antiindustrialismo propio de los hombres del 98, sino que se siente fascinada por el desarrollo científico y técnico⁸¹.

Invitada a inaugurar el curso 1899-1900, en el Ateneo de Valencia, aprovechará la ocasión, una vez más, para «echar sus versos del alma». Cree que la educación es el camino más eficaz para sacar a España de la difícil situación a que ha llegado:

«no sabemos qué hemos de hacer para remediar la decadencia española, pero presentimos que será forzoso educar a la generación que actualmente se está formando, y educarla como no hemos sido educados nosotros y como es preciso que se eduquen los pueblos serios y grandes»⁸².

Nótese que doña Emilia utiliza el verbo «formar» y se refiere explícitamente a la necesidad de una educación diferente, distinta a la recibida por la generación anterior. Recordemos para terminar, lo que escribe al volver de Valencia acerca de la campaña emprendida por el Ateneo en favor de la educación como medio de levantar al país tras la derrota:

«El mérito del Ateneo de Valencia —señala— consiste en haber proclamado esta aspiración; en no haberse encogido de hombros, ni tumbado a dormir la siesta, la siesta española, la perezosa siesta meridional feliz a la sombra de sus emparrados, al olor de sus jazmines, el abaniqueo de sus brisas, bajo la languidez que descende del cielo turquí»⁸³.

⁸⁰ Vid. *Desde el tren*, en «La Ilustración...», núm. 929, año 1899.

⁸¹ Vid. *Los automóviles*, en «La Ilustración...», núm. 937, año 1899.

⁸² *Al regreso*, en «La Ilustración...», núm. 942, 15 de enero de 1900.

⁸³ *El regreso*, 15-I-1900.

En fin, Pardo Bazán es consciente de que la vida política se encuentra estrechamente conectada con el desarrollo cultural y económico de cada país, y por tanto cree en la obligación y en la necesidad de aplicarse a ello. Por ello en 1900 denuncia una vez más la actitud pasiva de muchos pensadores coetáneos que buscan, tal vez, soluciones milagrosas apelando al pasado:

«Hablábase de política, como si fuese algo que no se relaciona directa ni indirectamente con el dinero, las dos arrolladoras fuerzas que rigen la sociedad. Se bravateaba, se alardeaba de una fe extraordinaria en las virtudes milagrosas que había de demostrar España sacándolas no sabemos de donde, quizás de la retorta del marqués de Villena, y la gente parecía no sospechar ni de una manera remota que es preciso, indispensable, tener hacienda y tener escuelas, pagar, robustecerse y adoctrinarse. Hasta eran escuchados con gusto los que sostenían la conveniencia de la santa ignorancia y los encantos de la fresca y suave indolencia nacional. Ignorar, ser pobre..., un ideal, un sueño. Pero sueño de asceta, sueño para fray Junípero. Cuando lo sueña una nación..., ¡qué despertares se preparan!. La dulce indiferencia hacia el oro y la ciencia puede practicarla el individuo, nunca la colectividad»⁸⁴.

En fin, pienso que es suficiente el muestreo que hemos realizado en la obra de Pardo Bazán de los años interseculares, para afirmar que doña Emilia puede y debe ser integrada con toda justicia, en ese círculo «de la moral de la ciencia» a que se ha referido Cacho, uno de los círculos regeneracionistas que, junto con el catalán, tiende su mirada y su obra para enlazar con los que, adolescentes, viven el difícil fin de siglo. Doña Emilia es, pues, a nuestro juicio una mujer del 98, mejor una intelectual que vive conscientemente los problema finiseculares, y encara el siglo XX con optimismo y certera visión de la realidad.

⁸⁴ *De regreso, cit. supra.*